

no se le permitía descansar un momento. ¡Era la lucha sólo en su favor!

Y después, á aquel desierto lugar llegó la trepidación de un terreno—entre trueno y rugido—un soplo impetuoso de viento frío, desencadenándose á través de la ciudad, rotura de cristales, el rumor de un derrumbamiento, una serie de gigantescas conmociones. Una masa de cristales rotos y escombros de los lejanos tejados cayó en la galería central á menos de cien pasos de donde él se hallaba, y, á distancia se oyeron gritos y carreras. Él también recobró una súbita actividad, y echó primero en una dirección, y luego volvió atrás perdido el tino.

Un hombre llegó corriendo hacia él. Recobró el dominio de sí mismo.

—¿Qué han volado?—preguntó el hombre con voz entrecortada.—¡Por qué esa ha sido una explosión!

Y antes de que Graham pudiese responderle se alejó presuroso.

Los grandes edificios se ofrecían confusamente á la vista, velados por una media luz, aun cuando el trozo de cielo que se divisaba allá arriba revelase la presencia del día. Vió extrañas formas, no comprendiendo nada de ellas; hasta llegó á deletrear muchos de los rótulos en caracteres fonéticos. Pero ¿qué ventajas reportaba el descifrar de letras anticuadas, después de impropio trabajo, cosas como: «Aquí hay Eadhamita ó Agencia del Trabajo»—«Pequeño Margen»? ¡Peregrino pensamiento! ¡probablemente algunas de aquellas mansiones le pertenecían.

Lo extraordinario de su situación se reflejó vivamente en su espíritu. En realidad había dado un salto sobre el tiempo como los novelistas habían imaginado más de una vez. Y realizado el hecho, se había preparado, sin darse cuenta; se había dispuesto para un espectáculo. No un espectáculo, sino un vago pero un gran peligro; sombras poco simpáticas y velos de oscuridad. Algo, á través de aquel laberíntico caos, le hacía pensar en la muerte. ¡No podrían matarle antes de que pudiera aperebirse! Era bastante posible que entre las sombras de cada esquina, encontrase emboscada su destrucción. Un gran deseo de ver, un gran anhelo de saber se apoderó de él.

Comenzó á recelar de las esquinas. Parecíale que por allí se encontraba bastante seguridad. ¿Dónde ocultar su notoriedad cuando volviese á la luz? Por último sentóse en el saliente de uno de los caminos más altos, creyéndose enteramente solo allí.

Restregóse con los nudillos los fatigados ojos. ¿No sería posible que al abrirlos de nuevo, y mirar otra vez á través de la oscuridad, hubiesen desaparecido aquellas oscuras líneas de vías paralelas y aquella masa de construcciones de intolerable altura? ¿Qué descubriese que la historia entera de aquellos pocos días, su despertar, las ruidosas multitudes, la oscuridad y la lucha, no eran sino una fantasmagoría, nueva y extraña, á manera de sueño? Porque debía ser un sueño tan inconsecutivo, tan poco racional. ¿Por qué luchaba aquella gente en su favor? ¿Por qué le miraban como su Señor y Amo?

Así pensaba, sentado allí, cerrados los ojos y luego miró otra vez, casi esperando á pesar de sus oídos, ver algún familiar aspecto de la vida del siglo XIX, ver, quizás, el puertecillo de Boscastle enfrente, los cantilados de Pentangen, ó la alcoba de su casa. Pero los hechos no responden á las humanas esperanzas. Una escuadra de hombres con una bandera negra, se deslizaba por las próximas sombras, hacia el núcleo de la lucha, y más allá se alzaban las gigantescas fachadas, negras y veladas, con los confusos, incomprensibles rótulos, mostrándose débilmente á sus ojos.

—¡No es un sueño—dijo,—no es un sueño!

Y ocultó el rostro entre las manos.

CAPITULO XI

EL VIEJO QUE LO SABÍA TODO

Se alarmó al oír toser á su lado. Volvióse rápidamente, y fijándose vió una pequeña y encorvada figura, sentada á unos dos pasos, en la sombra del cercado.

—¿Tiene usted muchas noticias?—dijo la cascada y jadeante voz de un viejo.

Graham vaciló.

—Ninguna dijo.

—Estaré aquí hasta que enciendan de nuevo las luces—dijo el viejo.—Esos pícaros azules se meten por todas partes... por todas.

Graham asintió con frases ininteligibles. Trató de ver la cara al anciano, pero la oscuridad se lo impedía. Deseaba responder, hablar, pero no sabía cómo empezar.

—Oscuro y peligroso—dijo el viejo repentinamente.—Oscuro y peligroso. Echado de mi aposento en medio de estos riesgos.

—Eso es duro—dijo Graham.—Muy duro para usted.

—Oscuridad. Un hombre viejo perdido en la oscuridad. Todo el mundo parece haberse vuelto loco. Guerra y lucha. La policía ocupada y los pícaros invadiéndolo todo. ¿Por qué no designaban cierto número de negros para que nos protegiesen?... No más corredores oscuros para mí. Caí sobre el cadáver de un hombre.

—Se está con más seguridad en compañía—dijo el viejo—si la compañía es de buena especie,—y atisbó francamente.

Levantóse de pronto y se acercó á Graham.

Aparentemente el examen fué satisfactorio. El viejo se sentó visiblemente aliviado al sentir que no estaba solo.

—¡Eh!—dijo ¡estos son unos terribles tiempos! Lucha y guerra; y la muerte cerniéndose aquí... hombres, hombres sanos muriendo en la oscuridad. ¡Hijos! Yo tengo tres. ¡Dios sabe dónde estarán esta noche!

Graham estaba revolviendo una pregunta en su mente que no delatase su ignorancia. De nuevo la voz del anciano terminó la pausa.

—Ese Ostrog vencerá—dijo.—Vencerá. Y lo que será el mundo bajo su gobierno nadie puede decirlo. Mis hijos están los tres empleados en las regiones altas. Una de mis nueras fué querida de Ostrog durante algún tiempo. ¡Su querida! Nosotros no somos gente vulgar. Quise salvarme como mejor pudiese... Yo sabía lo que se

preparaba... antes que muchos. ¡Pero esta oscuridad! ¡Y caer repentinamente sobre un muerto en las tinieblas.

Su jadeante respiración se oía á distancia.

—¡Ostro!—dijo Graham.

—¡El mayor jorobado que se ha visto en la tierra! dijo la voz.

Graham se hizo animoso.

—El Consejo tiene pocos amigos entre el pueblo—aventuró.

—Pocos y mal avenidos. Ya han tenido su tiempo. ¡Eh! Debían haberse atraído á los inteligentes. Pero dos veces han falseado las elecciones. Y Ostrog... Y ahora la mina ha reventado y nada puede contenerla, nada. Dos veces postergaron á Ostrog el «Jorobado». Yo supe su furia en aquel tiempo... era terrible. ¡Dios los proteja! Pero nada puede salvarlos, pues levantó las Compañías del Trabajo frente á ellos. Nadie hubiera hecho otro tanto. ¡Toda la ropa azul armada y marchando en son de guerra! El se saldrá con la suya. ¡Vaya si se saldrá!

Estuvo silencioso unos momentos.

—Ese durmiente...—empezó, y se detuvo.

—Sí—dijo Graham.—¿Y qué?

La voz senil descendió á un murmullo confidencial y el confuso y pálido semblante se aproximó más..

—El verdadero durmiente...

—Sí—dijo Graham.

—Murió hace años...

—¿Qué?—exclamó Graham secamente.

—Hace años... murió hace años.

—¡No diga usted tal cosa!—dijo Graham.

—Sí, la digo. Murió. Ese durmiente que ha despertado ahora... lo cambiaron por la noche. Una pobre criatura alterada con narcóticos. Pero yo no debo decir todo lo que sé... no, no debo decirlo.

Durantes unos momentos musitó ininteligiblemente. El secreto le abrumaba.

—No sé quienes fueron los que hicieron la substitución... esto fué antes de mi tiempo... pero conozco al hombre que inyectó los estimulantes y le hizo despertar... des-

pertar ó morir... esta era la consigna. Maneras de Ostrog.

Graham estaba tan asombrado oyendo estas cosas que tuvo que interrumpir, hacerle repetir las palabras al viejo, preguntarle vagamente, antes de estar seguro de lo que aquello significaba. ¡Y su despertar no había sido natural! ¿Era aquello la superstición de un anciano caduco ó había algo de verdad en ello? Registrando los oscuros rincones de su memoria, bien pronto dió con algo que pudiera de un modo concebible ser una impresión de algún estimulante efecto. Tuvo la vaga idea de que había efectuado un agradable encuentro, que por último podría saber algo del nuevo siglo. El viejo tosizó un momento, y luego su cascada y temblorosa vocecilla continuó:

—La primera vez le rechazaron. Yo seguí todo aquel negocio.

—¿A quién rechazaron?—preguntó Graham.—¿Al durmiente?

—¡Al durmiente! No. A Ostrog. ¡Era terrible... terrible! Y se le prometió que sería nombrado en las siguientes elecciones. Fueron unos necios... no ir con más cuidado hacia él. Y ahora toda la ciudad es su muela, y nosotros como harina debajo de ella. ¡Harina debajo de ella! Hasta que él se puso en la tarea... los obreros se cortaban el pescuezo, y asesinaban á un chino, ó á un policía del Trabajo de vez en cuando, y nos dejaban en paz al resto. ¡Cadáveres! ¡Latrocinio! ¡Tinieblas! ¡Semejante cosa no ha ocurrido hace una gruesa de años! ¡Eh... pero es mal para los pequeños cuando empiezan á caer los grandes! ¡Mal!

—¿Dice usted... que esto no ha ocurrido?... ¿cómo?... ¿hace una gruesa de años?

—¡Eh!—dijo el viejo.

El viejo expresó algo acerca de ser más prudente en sus palabras y Graham tuvo que repetir de nuevo su pregunta.

—Batiéndose y asesinando, con las armas en la mano, y los pícaros rugiendo libertad y otras cosas—dijo el viejo.—En toda mi vida había visto tal cosa. Esto se parece á los antiguos tiempos... seguro... cuando el pue-

blo de París se echó á la calle... hará tres gruesas de años. Esto es lo que quería decir que jamás había ocurrido. Pero son cambios del mundo. Esto tenía que venir. Lo sé... lo sé. Los últimos cinco años no ha cesado Ostrog de trabajar, y se han sucedido desórdenes y desórdenes, y hambre, y amenazas, y palabras gruesas, y armas. Trajes azules y murmuraciones. Y desaparición de toda seguridad. ¡Y por último aquí tenemos el resultado! Revolución y lucha, y el Consejo venido á la extremidad.

—Veo que usted está muy bien informado de todas estas cosas—dijo Graham.

—Conozco lo que digo. Hay en mí muy poco de Máquina Parlante.

—En efecto—asintió Graham preguntándose qué sería una Máquina Parlante.—¡Y tiene usted la certeza de que ese Ostrog... tiene usted la certeza de que Ostrog ha organizado esta rebelión y ha hecho despertar al durmiente! ¡Y todo para mediar... por no haber sido elegido miembro del Consejo!

—Creo que eso lo sabe todo el mundo—dijo el viejo.—Excepto... algunos estúpidos. Ostrog quiere mandar con el Consejo ó sin el Consejo. Todo el que conozca algo conoce esto. ¡Y ahora nos encontramos con cadáveres tendidos en la oscuridad! Pero... ¿dónde ha estado usted metido que no sabe nada de la lucha entre Ostrog y los Verney? ¿Y por quién cree usted que se agitaba el pueblo? ¿El durmiente... eh? ¿Usted cree verdadero al durmiente y que ha despertado de su propio acuerdo... eh?

—Soy un hombre melancólico, más viejo de lo que parezco y desmemoriado—dijo Graham.—Ajeno á todas las cosas que han ocurrido... especialmente en estos últimos años... A ser yo el durmiente, para decir la verdad, no podría saber menos.

—¡Eh!—dijo la voz.—¿Viejo usted? Pues no lo parece. Pero pocos conservan la memoria á mis años... verdaderamente. ¡Estas memorables cosas! Pero usted no es tan viejo como yo... ni mucho menos. ¡En fin! Quizás no deba juzgar á otros hombres por mí mismo. Yo soy joven... para ser tan viejo. Quizás sea usted viejo para ser tan joven.

—Eso es—dijo Graham.—Y además que conozco muy poca historia. Casi ninguna. Para mí el durmiente y Julio César montan lo mismo. Me interesa grandemente oírle hablar á usted de estas cosas.

—Conozco muy pocas cosas—dijo el viejo.—Una ó dos. Pero... ¡Cáspita!

Los dos hombres guardaron silencio, escuchando. Oyóse algo así como una explosión lejana, una sacudida que hizo retemblar sus asientos. Los transeuntes se detenían, llamándose unos á otros. El viejo estaba devorado por la curiosidad; llamó á un hombre que pasaba próximo á ellos. Graham, animado por el ejemplo, se acercó á ellos. Nadie sabía lo que había ocurrido.

Volvió á su asiento y encontró al viejo musitando bajas interrogaciones. Durante cierto intervalo no se dirigieron la palabra.

El pensamiento de aquella horrible lucha, tan próxima, y sin embargo tan remota oprimía la imaginación de Graham. ¿Tenía razón aquel viejo? ¿eran verdaderos los informes del pueblo, y vencían los revolucionarios, ó estaban todos en un error, y la policía roja lo iba bariendo todo á su paso? En cualquier momento el reguero de la lucha podía extenderse hasta aquel silencioso distrito y envolverlo de nuevo. Esto le estimuló á saber cuanto pudiera mientras tuviese tiempo. Volvióse súbitamente al viejo con una pregunta que quedó sin ser preferida; pero su movimiento indujo al viejo á tomar de nuevo la palabra.

—¿Eh? ¡Pero qué cúmulo de cosas reunidas!--dijo.— ¡Este durmiente en quien todos los necios han puesto su confianza! Sé toda esa historia... siempre he sido un buen punto para historias. Cuando yo era un muchacho... ya hace días... solía leer libros impresos. Usted no habrá conocido esos libros... podridos y polvorientos... la Compañía Sanitaria los quemó para obtener ashlarita. Pero temían sus ventajas por sucios que fuesen. Se aprendía mucho. Esas charlatanas Máquinas Parlantes... ¿no le parecerán á usted charlatanas, eh?... son muy fáciles de oír y más fáciles de olvidar... Yo conozco la historia del durmiente desde el principio.

—Apenas querrá usted creerlo—dijo Graham lentamente,—¡soy tan ignorante... mis pequeños asuntos me han preocupado tanto, mis circunstancias han sido tan raras... que no sé una palabra de la historia del durmiente! ¿Quién era?

—¿Eh?—dijo el viejo.—Yo lo sé. Era un pobre nadie, y se confió á una mujer casquivana ¡pobre hombre! Y cayó en un letargo. Todavía existen esas cosas de aquel tiempo, esas cosas oscuras... fotografías... mostrándolo como yacía, hace gruesa y media de años... ¡gruesa y media de años!

—¡Confiado á una mujer casquivana, pobre hombre! —se dijo Graham lentamente, y luego alto:—¡Y bien... adelante!

—Sabrá usted que tenía un primo llamado Warming, un hombre aislado, sin hijos, que hizo una formidable fortuna en la construcción de caminos... los primeros caminos de Eadhamita. ¡Seguramente habrá usted oído!... ¿No? Pues bien; adquirió todas las patentes y formó una gran Compañía. En aquellos tiempos había gruesas de gruesas de negocios distintos y de Compañías distintas. ¡Gruesas de gruesas! Sus caminos mataron los ferrocarriles... esas cosas antiguas... en dos docenas de años; compró las líneas y Eadhamitijó los caminos. Y, como no quiso desmembrar su fortuna ni dejarla á los accionistas, se la dejó entera al durmiente, poniéndola bajo la administración de una Junta de albaceas, escogidos y aleccionados por él. Sabía muy bien que el durmiente no despertaría... que seguiría durmiendo, durmiendo hasta la muerte. ¡Lo sabía muy bien! ¡Y cataplúm! Un hombre en los Estados Unidos, que había perdido sus dos hijos en un naufragio, siguió el ejemplo de Warming con un gran legado. Los albaceas se encontraron con un capital de una docena de miriadas de leones en poco tiempo.

—¿Cómo se llamaba?

—Graham.

—No... quiero decir el de América.

—Isbister.

—¡Isbister!--gritó Graham.—Ni siquiera conozco el nombre.

—Naturalmente—dijo el viejo—naturalmente. La gente no aprende mucho en las escuelas ahora. Pero yo conozco todo eso. Era un rico americano, oriundo de Inglaterra, y le dejó á Graham más dinero aun que Warming. ¿Cómo lo hizo? Esto no lo sé de cierto. Unas películas... un invento... para la fotografía en colores. Pero hizo la fortuna y la dejó, y aquí tiene el Consejo su punto de partida. En un principio era un Consejo privado.

—¿Y cómo se desarrolló?

—¿Eh?... ¡pero usted no reflexiona las cosas! Dinero llama dinero... y doce cabezas piensan más que una. Se condujeron astutamente. Se atrajeron con dinero á los políticos y se resarcieron mediante facilidades en las tarifas y la circulación. Subieron... subieron. Y durante muchos años, ocultaron el aumento del capital del durmiente, poniendo testafierros y creando Compañías Anónimas y cosas por el estilo. El Consejo ensanchaba su campo de acción teniendo bajo su poder, ya por hipoteca, ya por participación, ya por otros medios, todos los partidos políticos, todos los periódicos. Lea usted las antiguas historias y verá al Consejo creciendo... creciendo incesantemente. Billones y billones de leones por último... la fortuna del durmiente. Y todo derivado de un capricho... del testamento de Warming, y de un accidente, el naufragio de los hijos de Isbister.

Los hombres son extraños—continuó el viejo;—pero lo más extraño para mí es que el Consejo trabajase siempre unido. Nada menos que doce hombres. Pero han trabajado misteriosamente desde el principio. Desde la sombra. En mi juventud hablar del Consejo era como si un hombre ignorante hablase de Dios. Nadie creía que pudiesen obrar mal. No sabíamos una palabra de sus mujeres ni de sus vidas. De otro modo hubiéramos sido más sensatos.

Los hombres son extraños—repitió el viejo.—Aquí está usted, joven é ignorante y yo... de setenta años, pudiera permitirme haber olvidado... y sin embargo, estoy refiriéndole á usted todo claro y brevemente.

Setenta años—añadió;—setenta, y veo y oigo... oigo

mejor que veo. Y razono claramente y me preservo de todas las contingencias. ¡Setenta!

La vida es extraña. Yo tenía veinte años cuando Ostrog iba en mantillas. Le recuerdo muy bien antes de que pusiesen su empeño en la dirección de las Regiones Altas. He visto muchos cambios. ¡Eh! También he gastado la tela azul. Y á lo último he venido á ver esta lucha y oscuridad y tumulto y muertos acarreados en montón por los caminos. ¡Y todo es obra suya! ¡Todo obra suya!

Su voz se extinguió en apenas articuladas alabanzas de Ostrog.

Graham pensó.

—Veamos—dijo,—si he comprendido bien.

Y extendió la mano para enumerar los puntos con los dedos.

—El durmiente ha estado durmiendo...

—Cambiado—interrumpió el viejo.

—Quizás. Y entretanto la fortuna del durmiente crecía en manos de los Doce albaceas, hasta llegar á hacer de él el mayor propietario del mundo. Los Doce... por virtud de esta propiedad han llegado á ser, prácticamente, los amos de la tierra. Porque tienen el poder remunerador... como antes el antiguo Parlamento inglés...

—¿Eh?—dijo el viejo.—¡Eso es... una buena comparación! No es usted tan...

—Y ahora ese Ostrog, ha revolucionado súbitamente al pueblo despertando al durmiente... á quien sólo la gente supersticiosa y vulgar esperaba ver despierto... para que reclame al Consejo su propiedad, después de tantos años.

El viejo acogió esta aserción con un golpe de tos.

—Es extraño—dijo,—encontrar un hombre que sabe esta noche esas cosas por primera vez.

—¡Y tan extraño!—dijo Graham.

—¿Ha estado usted en las Ciudades de Placer?—preguntó el viejo.—Toda mi vida he deseado...—Se echó á reír.—Aun ahora no me dolería divertirme un poco. Divertirme viendo cosas.

Masculló una frase que Graham no pudo entender.

—¿Cuándo despertó el durmiente?—preguntó Graham de pronto.

—Hace tres días.

—¿Dónde está?

—Le tiene Ostrog. Le sacaron del Consejo aun no hace cuatro horas. Mi querido señor ¿dónde ha estado usted metido todo este tiempo? Estaba en el Salón de los Mercados... donde ha comenzado la lucha. Toda la ciudad aclamaba su nombre. Todas las Máquinas Parlantes. Se oía en todas partes. Aun los necios que dependen del Consejo lo admitían. Todo el mundo corría para verle... todo el mundo llevaba armas. ¡Estaba usted dormido ó embriagado! ¡Y aun así! ¡Pero usted se chaceca! Seguramente está usted fingiendo. Para detener el vocerío de las Máquinas Parlantes é impedir que el pueblo se congregase, el Consejo han cortado la electricidad... sumiéndonos en esta endiablada oscuridad. ¿Y quiere usted decir?...

—He oído decir que el durmiente había sido rescatada—dijo Graham;—pero ya volveremos. ¿Está usted seguro que le tiene Ostrog?

—No le permitirá apartarse de su lado—dijo el anciano.

—¿Y está usted seguro de que no es el genuino durmiente? Nunca había oído...

—Así le creen los locos. Le tienen por tal durmiente. Conozco demasiado bien á Ostrog. ¡No se lo he dicho! En cierto modo soy algo pariente de Ostrog... por mi nuera...

—Yo supongo...

—¿Y bien?

—Que ese durmiente no tendrá probabilidades de afirmarse... creo mejor que será un juguete en manos de Ostrog ó del Consejo, una vez terminada la lucha.

—En manos de Ostrog... evidentemente. ¿Por qué no ha de ser un juguete? Fíjese usted en su posición. Todo se ha hecho para él, todos los placeres imaginables. ¿Qué necesidad tiene de gobernar?

—¿Qué son esas ciudades... de Placer?—preguntó Graham bruscamente.

El anciano se hizo repetir la pregunta. Cuando por último se cercioró de las palabras de Graham, hizo un gesto.

—¡Eso es demasiado!—dijo.—Se está riendo de un viejo. Sospecho que sabe usted más de lo que quiere aparentar.

—Quizás sea así—dijo Graham.—Pero no... ¡á qué fingir! No sé lo que es una Ciudad de Placer.

El viejo se rió socarronamente.

—Y lo que es más, no sé leer sus letras, no conozco la moneda que ustedes usan, ni qué países extranjeros hay. No sé dónde estoy. No sé dónde comer, ni beber, ni alojarme.

—Vamos, vamos—dijo el viejo,—si tuviese usted ahora en la mano un buen vaso ¿se lo llevaría á los ojos ó á las orejas?

—Deseo que me explique usted todas esas cosas.

—¡Eh, eh! Bueno, un caballero vestido de seda, necesita divertirse también un poco.

Una huesuda mano acarició por un momento el brazo de Graham.

—Seda. ¡Bueno, bueno! Pero de todos modos yo quisiera ser el hombre que pusieron en lugar del durmiente. Ya sacaré buen partido. Todo pompa y placer. Tiene un semblante raro. Cuando estaba permitido verle, yo compré billete y le vi. Tiene la misma cara que los fotógrafos dieron al verdadero. Amarillento. Pero ya se pondrá colorado. Este es un mundo raro. ¡Piense usted en su suerte! Espero que lo enviarán á Capri. Es el lugar más divertido de la tierra.

La tos le impidió continuar. Luego comenzó á murmurar envidiosamente de placeres y extraños deleites.

—¡Pensar en su suerte... su atroz suerte! Toda la vida he permanecido en Londres, acechando una oportunidad.

—Pero usted no sabe que el durmiente muriera—dijo Graham repentinamente.

El viejo le hizo repetir la afirmación.

—Los hombres no viven más allá de diez docenas.

Eso no está en el orden de las cosas—dijo.—Yo no soy un necio. Sólo los necios pueden creer esas cosas.

Graham se enfadó ante la seguridad del viejo.

—Que sea usted necio ó no—dijo,—está usted equivocado en lo tocante al durmiente.

—¿Eh?

—Que está usted equivocado. No se lo he dicho á usted antes, pero se lo digo ahora. Está usted equivocado.

—¿Qué sabe usted? Me ha dicho usted que no conocía nada... ni siquiera las Ciudades de Placer.

Graham hizo una pausa.

—Usted no sabe—continuó el viejo,—ni es posible... Muy pocos hombres

—Soy el durmiente.

Tuvo que repetirlo.

Hubo una breve pausa.

—Es una imprudencia decir eso, señor; dispénsame usted. Le pudiera acarrear disgustos en estas circunstancias—dijo el viejo.

Graham, ligeramente confuso, repitió la afirmación.

—Decía que soy el durmiente. Hace muchos... todos esos años, que caí en el letargo, en un pueblecito... en aquellos días en que había setas, y pueblos, y mesones, y toda la campiña estaba dividida en pequeñas parcelas. ¿No ha oído usted hablar nunca de aquellos días? Y soy yo... yo que he hablado á usted... el que despertó hace cuatro días.

—¿Hace cuatro días... el durmiente! Ellos se llevaron al durmiente. Se lo llevaron y no le dejarían irse. ¡Qué disparate! Hasta ahora había estado usted hablando con bastante cordura. Lo veo desde aquí como si estuviera con ellos. Lincoln á su lado sin apartarse un momento de él; no le permitirán que de cuatro pasos solo. Créame usted. Es usted un extraño sujeto. Uno de esos bromistas impertinentes. Ahora comprendo por qué ha estado hablando tan extrañamente, pero...

Se detuvo bruscamente y Graham pudo ver su gesto.

—¿Como si Ostrog permitiese que el durmiente se le marchase á callejear por ahí! No; ha dado usted con un hombre á propósito. ¡Cómo si yo fuese á creerlo!

¿Qué pretende usted? Y además, hemos estado hablando del durmiente.

Graham se puso de pie.

—Oigame usted—dijo.—Soy el durmiente.

—¿Qué salida—dijo el viejo,—la de venir á refugiarse en la oscuridad, para decir embustes de ese género! Pero...

La exasperación de Graham se trocó en risa.

—¿Esto es absurdo!—exclamó.—¡Absurdo! Es necesario que el sueño termine. Se hace más violento y más violento. Aquí estoy... en esta maldida oscuridad... un anacronismo durante doscientos años, y tratando de persuadir á un viejo loco que soy yo, y entretanto... ¡Uff!...

Echó á andar irritado. El viejo le siguió inmediatamente.

—¿Eh!... ¡pero no se marche usted!—gritaba.—¡Soy un viejo loco, ya lo sé! No se marche usted. No me deje usted solo en esta oscuridad.

Graham vaciló, se detuvo. Súbitamente pasó por su mente la estupidez de ir diciendo sus secretos.

—No he tenido intención de ofenderle á usted... de dudar—dijo el viejo aproximándose.—Lejos de mi semejante pensamiento. ¡Llámeseme usted el durmiente si eso le place! Sólo que es un poco imprudente...

Graham vaciló, volvió de pronto la espalda, y continuó su camino.

Durante un rato oyó la persecución del viejo, y su cascada voz fué haciéndose menos perceptible, hasta que las sombras le ocultaron y Graham no le volvió á ver más.

CAPITULO XII

OSTROG

Graham podía ya ver una línea más clara de su posición. Durante largo tiempo, sin embargo, su mente